

## **Modelos de representación de los actores subalternos en las crónicas del viaje a Europa de principios de siglo XX: Rubén Darío y Manuel Ugarte**

Marcos Olalla (CONICET-INCIHUSA/UNCuyo)

### **Resumen**

Analizamos crónicas del viaje a Europa publicadas en los primeros años del siglo XX por Rubén Darío y Manuel Ugarte. Comparamos en las obras *España contemporánea* (1901) y *Crónicas del boulevard* (1902) modalidades de representación de formas de subjetividad subalternas, adoptamos como eje de nuestra lectura la concepción que en cada caso se establece del cambio social y de la función de la literatura.

*Palabras claves:* Rubén Darío; Manuel Ugarte; subalterno; representación; crónica.

### **Abstract**

The chronicles of Rubén Darío's and Manuel Ugarte's journeys to Europe in the first decade of twentieth century in *España contemporánea* (1901) and *Crónicas del boulevard* (1902) are compared here as ways of representation subaltern subjectivity forms. Our reading was focused in Darío's and Ugarte's viewpoint of social change and the literature historic function.

*Keywords:* Rubén Darío; Manuel Ugarte; subaltern; representation; chronicle.

### **Introducción**

La preocupación por la voz del subalterno posee un significativo espesor en la crítica cultural latinoamericana, deudora de las proyecciones abiertas por los estudios culturales de la Escuela de Birmingham, así como por el programa crítico desplegado por Edward Said en *Orientalismo* y, posteriormente, por el trabajo de los “estudios subalternos” sudasiáticos, en cuyo seno aquellas voces se encarnaban -sobre todo para los herederos del primero de estos vectores- en los diversos productos de la cultura popular. Se imponía entonces el desarrollo de un plano de lectura en el que se reconociera la naturaleza de las intersecciones entre la cultura letrada y la cultura popular, entre las voces y sus formas de escritura.

La literatura latinoamericana ha sido pródiga en la configuración de géneros caracterizados por su despliegue de diversas modalidades de intersección entre ambos extremos de las producciones culturales. En el prólogo a la reedición de su obra de 1988 *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (2000: 9-14) Josefina Ludmer esboza, a modo de un programa de la propia escritura crítica, una cartografía de las literaturas que se nutren de la tensión entre “la cultura oral y la letrada” (10) que

incluye al género gauchesco, así como a las literaturas indigenista de la región andina y antiesclavista del Caribe.

Estas literaturas han sido operadoras de un itinerario crítico que se inicia con la creación del concepto de “transculturación” del antropólogo cubano Fernando Ortiz en su clásica obra de 1940 *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Ortiz caracterizaba con esta categoría el proceso en el que una cultura adopta de modo original elementos de otra y en el que se configuran dos pliegues del fenómeno del contacto, como una cierta “desculturación”, en la medida que hay algún elemento que se pierde o desarraiga, pero también la creación de nuevos productos, es decir, como “neoculturación” (Ortiz, 2002 [1940]: 260).

El crítico uruguayo Ángel Rama adecuó este concepto para su uso en el campo de la crítica literaria latinoamericana en su *Transculturación narrativa en América Latina* (1982). En ella analizaba a nivel del discurso lingüístico, del sistema literario y del imaginario social, la dinámica de las pérdidas, selecciones, redescubrimientos e incorporaciones que se fraguan en el proceso de transculturación. Esta forma de mestizaje cultural se comprende en el marco del desarrollo de una imagen de la nacionalidad, epifenómeno de la consolidación del régimen estatal. Con todo, en esta tematización del concepto de “transculturación”, el acento no está puesto en el análisis de los dispositivos de normalización política<sup>1</sup> de la representación hibridizante de la identidad<sup>2</sup>, sino en las posibilidades efectivas del señalado mestizaje en la escritura literaria, en este caso afirmadas por la literatura de José María Arguedas.

Un modo de resolución antagónico para algunos críticos (Schmidt, 1996; Trigo, 1997) y complementario para otros (Kokotovic, 2006; Bueno, 2010), respecto del asumido por la noción de “transculturación narrativa”, fue desarrollado por el crítico peruano Antonio Cornejo Polar (1980; 2011 [1994]). La afirmación del mestizaje en el concepto ramiano habría perdido capacidad explicativa, en buena medida porque en aquellos discursos en los que se presumía la presencia de la síntesis buscada no podía reconocerse como tal, así como porque la superficie de inscripción de aquella se hallaba situada en el ámbito de la cultura hegemónica. Así, “se dejaba al margen los discursos que no han incidido en el sistema de la literatura ilustrada” (Sobrevilla, 24). La categoría de “heterogeneidad” daría cuenta de las tensiones estructurales entre los diversos sistemas socio-culturales que operan como matrices del discurso literario a nivel de su “producción”, de su “texto”, de su “referente” y de su “sistema de

distribución y consumo” (Cornejo Polar, 1978: 11). La presencia de la dimensión heterogénea de la literatura se daría en caso de que alguno de tales niveles expresara una matriz socio-cultural diversa respecto de los otros. Luego el análisis se complejizaría mediante la problematización de la heterogeneidad propia del “discurso” en su dimensión temporal, del sujeto en sus formas de constitución centrada –en la versión moderno-romántica-, pero también “compleja, dispersa y múltiple” en otros universos culturales, y del reconocimiento de la operación mediadora de la “representación” en la construcción de la subjetividad, acción que desborda la función mimética de la representación (Cornejo Polar, 2011: 10-15). Resultaba evidente el filo crítico de una lectura que daba cuenta de los antagonismos estructurales sobre los que se construyeron las nacionalidades latinoamericanas por vía del reconocimiento de las formas de intersección conflictiva de dos sistemas socioculturales (Ludmer, 13). Por ello no es extraño que se haya percibido esta trayectoria crítica que va de F. Ortíz a A. Cornejo Polar, pasando por A. Rama, como un ejercicio crítico “contrahegemónico” (No, 2008). Patricia D’Allemand precisaba la existencia de una “común plataforma ideológica”, independientemente de los tipos de resolución metafórico-categoriales, en el hecho de que comparten una imagen binaria de la producción literaria latinoamericana, en uno de cuyos extremos –los elementos de la cultura tradicional campesina- deberían hallarse los índices auténticos de la nacionalidad, frente a la internacionalizada cultura de los grandes conglomerados urbanos (1999: 829)<sup>3</sup>.

Esta trayectoria incluye los programas críticos desarrollados en la “historia social de la literatura latinoamericana” por Alejandro Losada (1983; 1984) y los valiosos estudios de Martín Lienhardt sobre las formas de interceptación de las voces indígenas en la escritura colonial y la consecuente configuración, sobre este fondo “diglósico”, de “literaturas alternativas” (Lienhard, 1992; 1996).

Una vertiente significativa de la crítica de la cultura latinoamericana desarrollada fuertemente a partir de la segunda mitad de la década de 1990, en la que se trataba de repensar las relaciones entre poder y discurso en el horizonte de la producción cultural continental fue la denominada “estudios subalternos” por su identificación con la labor realizada por historiadores indios orientados inicialmente por Ranajit Guha. Su despliegue contribuyó a una fuerte reinterpretación de la historia y la cultura latinoamericana. Es una forma de metacrítica que se ocupa de

poner en cuestión las representaciones tradicionales de la crítica de la cultura latinoamericana al interior de un discurso cuya pretensión es determinar el carácter colonial de tales representaciones.

La relevancia de estos estudios se explica como resultado de cierta profusión en la tematización de las identidades culturales<sup>4</sup> en la escena de la globalización de los años noventa y el derrumbe de las aspiraciones de signo emancipatorio en la política latinoamericana de dicho período (Rodríguez 2009: 255).

Esta perspectiva realiza una radical crítica al colonialismo, distinta de los clásicos relatos anticolonialistas de los años sesenta y setenta. Aquellos relatos se caracterizaban por postular la ruptura con el sistema capitalista, cuyas inequidades impedían su acceso efectivo a un tipo de sociedad postulada por la modernidad europea. La percepción de los resultados del colonialismo para las clásicas narrativas anticolonialistas se configuraba como un cierto atraso inducido por parte de las potencias occidentales. La orientación “subalternista” denuncia la existencia de una virtual inherencia de la modernidad y las prácticas del colonialismo de origen europeo.

El modo predominante de violencia epistémica que intelectuales como Edward Said, Gayatri Spivak o Homi Bhabha señalaban como productos de la vinculación modernidad-colonialismo da cuenta del carácter homogeneizante de la ciencia social moderna, en la cual la representación del Tercer Mundo se construye como formas privilegiadas de otredad. Debían reconocerse entonces modos binarios de planteamiento de una relación de exterioridad (Castro Gómez, 1996: 145), presumiblemente dispuestos a identificar formas de peculiaridad que profundizan un modo de exterioridad subalterna. Así es como se ejerce una fuerte deconstrucción de las representaciones hegemónicas de las culturas no metropolitanas trazando, al modo de Said en su texto de 1978 *Orientalismo* (2004), los vínculos, previstos por Foucault, entre ciencias humanas e imperialismo. El talante de este discurso fue recuperado por los estudios latinoamericanos en los Estados Unidos propiciando la creación del “Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos”<sup>5</sup>. La pretensión de este grupo de intelectuales latinoamericanos fue identificar las estrategias de “subalternación” modernas que no permiten la articulación de representaciones por parte de los propios subalternos. En esta dirección destacan los trabajos de John Beverley en los que realiza una revisión del carácter humanista de las élites letradas latinoamericanas del siglo XIX que

se ve, a su juicio, regularmente reproducido en los proyectos emancipadores latinoamericanos mediante una “política de la representación” que supone la producción discursiva del subalterno (Beverly, 1996). También de Alberto Moreiras, quien sostiene que el poscolonialismo constituye una herramienta para desarrollar una “metacrítica del latinoamericanismo”. Parte de la concepción del origen de este último como un saber que afirma un mecanismo disciplinario de origen imperial cuyo dispositivo es la homogeneización ideológica de una diferencia cultural que proclama preservar. Se impondría una revuelta contra la tradición letrada del humanismo latinoamericano por su raigambre moderna. Frente a ello se impone la toma de posición de los intelectuales al interior de los espacios productores del saber, ya no para invocar la voz del subalterno, sino para subvertir su representación (Moreiras, 1998: 59-82).

Santiago Castro-Gómez, (1996: 145 ss.), por su parte, reclamaba la pertinencia de este tipo de análisis en el campo de las representaciones de América Latina. Para el colombiano la modernidad promueve un modo de interacción que supone al mismo tiempo formas de territorialización y desterritorialización de la cultura. Modos por los cuales una particularidad se afirma por lo mismo que ésta se encuentra ya en un contexto global de acción. Esta tensión que provoca el carácter “des(re)territorializador” de la modernidad permite validar la crítica de la tradición letrada de representación de las diferencias culturales, por cuanto dicha crítica es inherente al señalado proceso, cuyo alcance se extiende también al ámbito del cotidiano “habitar la cultura”. El propio dominio de la globalización da cuenta de ciertas “competencias reflexivas” que permiten pensar una identidad particular en el horizonte de un contexto más amplio en el que se juegan de modo predominante sistemas abstractos de representación. La liberación de la diferencia supone la puesta en crisis de las formas hegemónicas a través de las cuales es representada en clave letrada. En este contexto se impone una genealogía de los modos cómo las ciencias sociales latinoamericanas dieron lugar a saberes sobre América Latina para reconocer los dispositivos de homogeneización o liberación de la diferencia que despliegan.

Los recursos de la propia globalización, para quien aparece en primera instancia subalternizado, son índices de modos de resistencia que la misma hace posible. Los saberes expertos pueden constituirse en una fuente de aquellas formas de resistencia aun cuando les sea reconocido su

carácter colonizador sobre el “mundo de la vida”. Con todo, la identificación de este matiz, resulta innegable, para Castro Gómez, que las narrativas latinoamericanistas desde el siglo XIX hasta el presente desplegaron los mismos mecanismos disciplinarios de la modernidad. Éstos se manifiestan como un tipo de racionalidad cognitiva, hermenéutica y estética, que incorpora una sintaxis ilustrada en los mitos que la representan. Así, se engendra una virtual naturaleza segunda de las representaciones de América Latina, a la que Castro Gómez denomina “metafísica de lo latinoamericano” (1998: 197-203). La genealogía de este relato conduce a posibilitar la identificación de los tópicos desde los cuales se construye la verdad sobre América Latina, para cuyas representaciones no existe ningún sentido unificador, sino cierta “voluntad de representación” (*Ibidem*: 178).

La reseña de proyectos de crítica cultural latinoamericana es amplísima y escapa a las pretensiones de nuestro trabajo. Sólo indicaremos que en el marco de este itinerario que Ludmer percibía abierto por Ortíz y, de algún modo, culminado por el Grupo de Estudios Subalternos, que pone en tensión las voces subalternas y sus formas de escritura se configuran múltiples matices analíticos oportunamente tematizados por un vasto sector de los estudios latinoamericanos y que incluye a quienes han realizado certeras críticas de este último proyecto (Cfr. Moraña, 1998; Achugar, 1998). Dichas críticas se han centrado en la viabilidad política de esta forma de maximalismo epistémico que tiende a desconocer las distintas modalidades de impugnación del sentido instrumental de la modernidad, presentes en el propio orden de la letra, aún en el modo de la caracterización de las tensiones configuradas por el intento de representación de las voces subalternas. Ludmer dejaba planteada esta vía de acceso al discurso como objeto de la crítica cultural latinoamericana cuando imaginaba los momentos en los que se desarrollaría su finalmente no escrita reflexión programática:

Escribiría un libro en tres partes: la primera consistiría en una ficción abstracta sobre dispositivos verbales (y políticos, económicos, militares, didácticos, literarios, sexuales) con que se leyó y escribió El género gauchesco. La segunda parte sería un análisis de la literatura indigenista de la zona Andina y de la literatura antiesclavista del Caribe usando ese aparato de lectura fundado en la noción de uso de los cuerpos, en correlación con el uso de las voces. Y la tercera parte sería una “teoría” sobre estas

tres literaturas latinoamericanas que hicieron oír la voz de un cuerpo usado para la guerra, la economía y también para el sexo. El libro futuro quería también una historia de los problemas de los sujetos modernos, progresistas, que escribieron esas ficciones en el marco de la nación-estado. Analizaría los dramas de representación del escritor: generar sub-alteridades o sub-alternidades, hablar por el otro, hablar del otro, hablar el otro: usarle la voz, dársela. (Ludmer, 10).

La adición de Ludmer revelada en la afirmación “quería también...” expresa, casi al pasar, la vitalidad de una resignificación del *corpus* letrado a la luz de un horizonte epistémico radical que reconoce, al mismo tiempo, las eventuales limitaciones del proyecto bajtiniano de indagación de la dimensión polifónica de los discursos (Palermo, 2006: 218ss.), como de su productividad cuando se trata de poner de manifiesto “los dramas de la representación del escritor”<sup>6</sup>.

Nuestra lectura se inscribe en la forma más recurrente de la “heterogeneidad cultural” como es la configurada en torno de la crítica de una subalternidad “referida”. En este caso en un *corpus* de crónicas de los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX, que tienen en común el motivo del viaje a Europa. Analizamos a partir de dicha modalidad de heterogeneidad dos modelos distintos de representación de lo subalterno, que, no obstante, poseen en común el hecho de mantener el foco de sus discursos en sus respectivos procesos de autolegitimación. A nuestro juicio, las dificultades que en cada caso asisten a este intento de representación, están vinculadas a un lugar de enunciación que ha enfatizado la potencialidad epistémica -en sus vectores estético o político, según sea el caso analizado aquí- de la autonomía de las producciones del campo cultural.

### **Rubén Darío: la estetización de lo popular**

A comienzos del año 1899 llegaba el gran escritor nicaragüense a España, encomendado por el diario *La Nación* para caracterizar la realidad española inmediatamente posterior a la pérdida de sus últimas posesiones ultramarinas en 1898. Aunque el imperativo de decir “la verdad” (Darío, [1901] s/f, 41)<sup>7</sup> sobre el objeto prefijado tornaba a su misión de un talante diagnóstico, las crónicas enviadas desde diciembre de 1898 a abril de 1900

que compondrán su libro *España contemporánea*, editado en París en 1901, puede ser considerado como una manifestación de la culminación del “viaje estético” en la ya clásica tipología de David Viñas (Cfr. 1996; 1998; Gasquet, 2007: 92-93). El repliegue estético en la enunciación dariana en este caso puntual no tiene que ver con la celebración de la pureza estético-cultural de Europa, sino con una de sus formas anómalas. La identificación de la naturaleza estructural de la defección ibérica en virtud de sus inconsecuencias pedagógicas, de su tradicionalismo religioso, de la crueldad de sus juegos rituales, le acercaban en algunas de sus aspiraciones de recreación del “alma española” a los discursos “regeneracionistas” de la época (Schmigalle, 2003, 156; Santamaría Laorden, 2011; Zanetti, 2004: 32ss.).

La llegada a España a comienzos de 1899, en el relato dariano estatuye un horizonte semántico, un punto límite sobre el que ha de construirse toda la narración, mediante la referencia a un hipotético tercero al que presuntamente el escritor habría escuchado afirmar que la realidad española se caracterizaba por “lo mismo de siempre: miseria. Ayer llegaron repatriados. Los soldados parecen muertos. Castelar se está muriendo” (17). Pobreza, derrota militar y una visión pesimista sobre las posibilidades de realización próxima de las aspiraciones políticas republicanas constituyen algunos de los tópicos significativos de la “atmósfera” hispana finisecular. En la crónica titulada “Madrid” las percepciones que funcionan como condiciones objetivas del universo de fenómenos que luego serán descritos adquieren forma de “metáforas de olfato” (Schmigalle: 156) sobre un objeto también metaforizado en clave “organicista” (Zanetti: 33). España, al modo de la imagen shakespereana sobre el olor de Dinamarca, se revela como una “exhalación de organismo descompuesto” (31-32). La profusión de tales metáforas muestra por un lado una cierta identificación de la dimensión enunciativa dariana con un sustrato experiencial -su objeto- en buena medida, a juicio del nicaragüense, dificultosamente tematizado por los discursos que circulaban en aquel contexto, incapacidad amplificada por la muerte de intelectuales y políticos destacados<sup>8</sup>. El tópico de la muerte y vejez de una élite es deudora de un lugar de enunciación característico de las múltiples formas de autorización discursiva desplegados por los escritores latinoamericanos en su búsqueda de reubicación en el campo cultural y de éste frente a la esfera política en tiempos de su modernización (Rama, 1995).

El mal vino de arriba. No dejaron semillas los árboles robustos del gran cardenal, del fuerte duque, de los viejos caballeros férreos que hicieron mantenerse firme en las sienas de España la diadema de ciudades. Los estadistas de hoy, los directores de la vida del reino, pierden los territorios por miles de kilómetros y los súbditos por millones. Ellos son lo que han encanijado al León simbólico de antes; ellos son los que han influido en el estado de indigencia moral en que el espíritu público se encuentra; los que han preparado, por delicia o malicia, el terreno falso de los negocios coloniales, por lo cual no podía venir en el momento de la rapiña anglosajona sino la más inequívoca y formidable *débâcle*. Unos a otros se echan la culpa, más ella es de todos. Ahora es el tiempo de buscar soluciones [...]; pero todo hasta hoy no pasa de la palabrería sonora propia de la raza, y cada cual profetiza, discurre y arregla el país a su manera (34).

El proceso aquí entrevisto es resultado de la gestión de las élites y percibido como un modo de degradación, una manifestación además de la completa autonomía de la lógica político-colonial respecto de la eventual operatividad de criterios morales para juzgarla. La descarnada historicidad de la derrota en manos de la “rapiña anglosajona”, no impide, sin embargo, el deslizamiento a una superficie de inscripción -si no de las causas al menos de su incapacidad para mitigar sus efectos- no dialéctica, como las características de la raza<sup>9</sup>.

Es significativo que la ubicación dariana en el universo de discursos regeneracionistas reivindique el papel en cierta medida morigerador de los vectores de la modernidad, aún cuando destaca su registro crítico al caracterizar las formas de religiosidad en sus retratos de “La España negra” y de los juegos en “¡Toros!”. Puesto que existirían en el sustrato espiritual de la cultura hispana las condiciones de posibilidad de un resurgimiento en el que la tensión entre los factores anti-modernos y los modernos podrían producir una realidad cultural que habilitaría el abandono del tono negativo de elementos primitivos –como el carácter inquisitorial o la afición a la resolución meramente retórica de los conflictos-, sin que, por ello, España renuncie a su condición “católica” e “idealista”. La regeneración anunciada así garantizaría un tipo de modernidad espiritual asegurada por la estructura arquetípica<sup>10</sup> del “alma española”. Por ello “España será católica o no será”, pero bajo la

orientación de los componentes menos “insensatos” de la religiosidad ibérica (111); y será “idealista o no será”, aunque como una dimensión complementaria del “trabajo” y el “progreso” (140). El predominio de la decodificación estética de los elementos de la cultura española considerados atávicos por Darío se muestra con claridad en la siguiente afirmación:

[L]os espectáculos de la teoría le dejan ver la cristalización sangrienta que yace bajo el subsuelo de esta raza, cuya energía natural se complica de la ruda necesidad de las torturas; y el concepto de la muerte y de la gracia, enlutados y caldeados por un catolicismo exacerbante, por una tradición feroz que ha podido encender las más horriblemente hermosas hogueras y aplicar los martirios más purpúreos y exquisitos. El arte revela ese fondo incomparable. [...]

Un español de gran talento me decía: “En cada uno de nosotros hay un alma de inquisidor”. Cierto. Fijáos, y decid si José Nakens no se junta, paralelamente en lo infinito –así las dos líneas matemáticas- con Tomás de Torquemada. Es la misma fe terrible, la intransigencia que llega hasta la ceguedad, la aplicación del potro, la certeza en la salvación por el sufrimiento, tan magníficamente iluminada por el drama de Hugo. (103-104).

La contradicción que Darío caracteriza como estructural se nutre de una potencia anímica que involucra las formas más intensas de la “alegría”, la “sensualidad”, la “voluptuosidad”, pero con ellas, de la “crueldad”, la “lujuria” y la “melancolía” (102). Así, los términos de la explicación en clave de una cierta psicología profunda en las figuras de la “muerte” y la “gracia” son interceptados por la fuerza histórica de la tradición con resultados tan funestos como bellos. En este movimiento Darío pretende configurar un objeto cuyo develamiento parece ser un atributo del arte, del “drama de Hugo”. En el momento en que la emergencia del fenómeno se estetiza se debilita su viabilidad crítico-política de comprensión, tanto como para conducirlo a la homologación de dos formas presuntamente “intransigentes” de creencia: la del intelectual republicano Nakens y la del inquisidor Torquemada. Aunque en el ámbito epistémico hay en ambos extremos del mapa ideológico una imagen trágica y soteriológica de la historia, realizar esta vinculación en torno de “la aplicación del potro” refleja una evidente banalización de la estricta

historicidad de los acontecimientos, tanto como de la posible operatividad de la dimensión moral en el territorio de las prácticas políticas. Las simpatías republicanas de Darío, reflejadas aunque en una tonalidad muy oportunamente distante para su lugar de enunciación en su crónica “Un *meeting* político”, no constituyeron un obstáculo para esta estigmatización de los sectores más radicales del republicanismo por vía de una estetización de la conflictiva coyuntura española<sup>11</sup>.

En las crónicas en las que el escritor retrata algún aspecto vinculado a la situación de actores subalternos adopta como perspectiva la incorporación de sus demandas al programa modernizador. Barcelona es la ciudad cuya atmósfera deja ver las primicias de un porvenir auspicioso. A su movimiento constante, intenso y voluptuoso contribuyen los sectores subalternos, tal vez porque “comprenden la aproximación de un universal cambio [...] hecho que se impone por su ley lógica” (18). La atribución de una racionalidad histórica cuyo despliegue se atisba como una paulatina puesta en cuestión de la naturaleza de las jerarquías sociales encarnada en formas crecientes de democratización es un tópico recurrente de los discursos progresistas de fines del siglo XIX y principios del XX en América Latina y fueron instrumentados, sobre todo a partir del significante “idea”. Este operador semántico del período ponía en juego el horizonte utópico en el que se delineaban las aspiraciones socio-políticas sin modificar el registro en el que las prácticas escriturarias resultaban auto-legitimadas por el desarrollo del lugar de enunciación del discurso estético. Las condiciones de posibilidad de este proceso se hallan, para el escritor, en formas de auto-reconocimiento epistémico, ético y político, por cuanto “todos estos hombres de las fábricas tienen una corona de conde en su cerebro” (19).

Madrid y el resto de España -con la excepción ya indicada de Cataluña y del País Vasco- se encuentran sumidos en la pobreza e ignorancia. En efecto, “el estudio y el trabajo son los únicos antídotos contra ese veneno natural e íntimo [deseo del mal]” (322). La racionalidad de la historia es asumida como una forma de convergencia de la energía y la vitalidad popular orientada al trabajo y la educación con una dimensión tutelar no siempre explicitada. Darío es particularmente duro con la caracterización de la aristocracia española<sup>12</sup>. La irracionalidad habilitada por su poca propensión al trabajo induce a una réplica de la imagen metropolitana de la violencia atribuida a los indios americanos. La “indiada” se nutría de acciones violentas determinada por el “soplo que

viene de la pampa”, en cuyo caso la multitud de anécdotas que recoge el escritor para mostrar la condición parasitaria, la gratuidad de su maldad y la presumible impunidad en sus actos de la “joven aristocracia” española, tiene por fin poner de manifiesto el desfasaje entre la atmósfera europea y las prácticas realizadas por este sector de la sociedad. El tópico idealista del anacronismo adquiere así, además de un registro ontologista expresado en la imagen del indio, un tono político consistente en la asignación de potencial reformador. Este último impulso, no obstante, halla un presunto límite en la materia pulsional de sus prácticas:

No, no puede aguardar nada España de su aristocracia. La salvación, si viene, vendrá del pueblo guiado por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos (322).

Incluso en los sectores más radicalizados del campo cultural latinoamericano de fines del siglo XIX y principios del XX era común inscribir la fuerza política de los sectores populares en el orden de lo instintivo<sup>13</sup>. Ello abría un espacio para la reconfiguración de la autoridad literaria en la escena del proceso de autonomización del campo cultural auspiciado por la modernización de América Latina. En un caso para erigirse en portavoces de dichos sectores y en otros, como en Darío, para dotar de sentido histórico a los objetos, los fenómenos, los sujetos y sus prácticas, atisbados por las intuiciones poéticas y decodificados por la referencia estética. Tal vez por esta última complejión la potencialidad de formas emergentes de demanda social fue comprendida como elemento de la estructura anímica, y no como cristalización de un interés social concreto. En este caso la función redentora del pueblo consiste en el señalamiento del fracaso de la élite política y cultural española de la época.

En la crónica “Carnaval” (73-80) se destaca esta dinámica binaria entre instinto y razón, fiesta y desastre, libertad y orden, naturaleza y cultura, pueblo y clase política, pero también una bipolaridad enunciativa que no es de ningún modo irrelevante, a pesar de que es postulada como si lo fuera, puesto que da con la superficie misma del lugar de enunciación dariano. Para el escritor modernista los hechos suelen ser caracterizados en una clave eminentemente descriptiva, registro habitual de los “cronistas a ultranza”, incapaces de intuir los signos auténticamente epocales de los acontecimientos, atributo este último de una forma de

enunciación que permanece innominada pero que se consume en una cronística poética. Un *locus* en el que se encuentran el curso del progreso histórico y una producción acumulada de cultura que al operar como índice estético y antropológico, garantizaría la viabilidad humanista de la modernidad. El discurso poético fungiría así como el celador de aquella forma de intersección<sup>14</sup>.

El cronista se erige en “observador meditabundo”, cuya mirada y escucha es capaz de mostrar la compleja trama de tensiones entre formas diversas de temporalidad –modernidad y tradición–, así como de diferentes dimensiones de análisis de la realidad social según que la perspectiva de cuenta de las demandas de los grupos subalternos o de las formas asequibles de gobernabilidad. Hay una imagen en la crónica “Semana santa” que es muy clarificadora de la ubicación de la enunciación dariana en el cruce entre tiempos y entre lenguajes, de cuya resolución fructífera es responsable la agudeza poética del enunciador. Observa el nicaragüense a propósito de la celebración ritual del lavado de pies por parte de la reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena a un grupo de personas pobres:

La reina, con una esponja y con la toalla, enjuga los lamentables pies de esas gentes, que en un halo de inexplicable asombro deben sufrir extraña angustia. El representante del Papa vierte el agua de un ánfora. Os aseguro que por todo pecho presente pasa una conmoción. Y en ese mismo instante, dos voces hablaban al oído del observador meditabundo. La una era la del demonio de la calle, el demonio de la murmuración que se cuela por los misterios de las casas y se propaga en la frase afilada por la inevitable malignidad humana. Esa voz hablaba a la oreja izquierda y decía: “Es hermoso, es de un simbolismo grandioso y conmovedor ese acto de humildad que recuerda a las Isabeles de Hungría [...]; pero... ¿y la miseria? ¿Y los innumerables mendigos que andan por la corte y por toda España crujiendo de hambre? ¿Y los martirios de Montjuich? ¿Y el anarquismo, flor de los parias? ¿Y la prostitución instalada a los ojos de la capital de Su Majestad Católica?” Y continuaba: “Por ahí se dice que la “austriaca” es avara [...] Mas la voz que hablaba a la oreja derecha decía: “No, no hay que proclamar la injusticia o la mala visión como una ley de verdad. Esa noble señora está en una altura que hay que apreciar de lejos [...] Es una reina buena (116-117).

El arbitraje poético de la dinámica estatuida por la tensión entre las condiciones sociales objetivas expresadas por la mendicidad y la prostitución, sumadas a sus respectivos correlatos políticos en el crecimiento del anarquismo y con ello de las formas de represión estatal; y la gramática de la gestión política de esos conflictos, se presume imprescindible para el desarrollo de una mirada capaz de reconocer la secreta posibilidad de articulación entre las demandas del “corazón popular” emergidas de lo profundo de la estructura anímica y su viabilidad jurídico-política, es decir, histórica. El criterio con el que aquella mirada se despliega, con el que debe administrarse la fuerza de la historia es, como señalábamos, estético. En esta dimensión se explican aquellas experiencias que, claro está, misteriosamente nos obligan a reconocernos como miembros del género humano. Todavía en “Semana santa” relataba Darío:

En medio de la multitud, algo he advertido de una vaga y dolorosa tristeza. Se escucha que viene a lo lejos una suave música llena de melancolía; despacio, despacio. Luego se va acercando y se oye una canción, seis voces: dos femeninas, dos de hombre, dos infantiles, se diría que se desliza ante vuestros ojos y vuestros oídos. Son ciegos que van cantando canciones, pidiendo limosna. Se acompañan con violines, guitarras y bandolinas. Con sus ojos sin día miran hacia el cielo, en busca de lo que preguntaba Baudelaire. Lo que cantan es uno de esos motivos brotados del corazón popular, que dicen, en su corta y sencilla notación, cosas que nos pasan sobre el alma como misteriosas brisas que hemos sentido no sabemos en qué momento de una vida anterior (114).

Esta imagen platonizante de los modos como las formas se muestran parcialmente en el orden de la inmanencia no obliga a dar cuenta aquí de su efectiva existencia, puesto que su función es predominantemente retórica. Funge como fondo estético de un lugar de enunciación en el que la escritura es concebida como traducción. En esta última su estructural condición fallida lejos de significar el documento de un fracaso constituye la posibilidad de atribución de significación epistémica para el discurso literario. En el momento en el que la perspectiva del cronista exige el contacto con el subalterno la distancia que habilitaba su contribución a la ampliación del conocimiento se duplica en términos de la degradación del significante frente al referente estetizado

de la subalternidad. Así, en la crónica “Fiesta campesina” la experiencia del adentramiento en territorio pastoril, al mismo tiempo que posibilita un cierto “éxtasis” por la belleza natural del hábitat campesino, no deja de señalar los límites físicos frente a sus cuerpos y a sus prácticas. “Los pastores [...], poco limpios y con aspecto de perfectos brutos quitan a mi mente toda idea de pastor quijotil” (274), afirma Darío. Entre otras cosas por ello se siente constreñido a decir frente a su visión de las manos curtidas de las mujeres campesinas que “no estamos propiamente en Arcadia y Virgilio no repetiría por ningún concepto, en este caso, las frases que en su décima égloga prorrumpen Galo, hijo de Polión” (276). Diferente es el caso de la progresista Barcelona, cuyos hijos, mujeres y paisajes son de “excelencia homérica”<sup>15</sup>, por lo mismo, se explica su condición de virtuales objetos “de esos cuadros poéticos de Puvis de Chavannes en que florecen la vida y la gracia primitiva del mundo” (22). Miguel de Unamuno, todavía imbuido de la atmósfera regeneracionista de la que pronto renegaría, había proclamado la muerte de Don Quijote en un artículo de 1898. Para Darío, quien compartía muchos tópicos del diagnóstico de Joaquín Costa, el abandono de la matriz idealista del alma española constituiría tanto un programa inviable de reforma cultural, como la negación misma del espacio de múltiples convergencias de que se nutre la autoridad de la literatura. “Y en cuanto a vos, don Alonso Quijano *el Bueno*, ya sabéis que siempre estaré de vuestro lado” (134).

### **Manuel Ugarte: subalternidad y función epistémica de la literatura**

La figura de Manuel Ugarte, intelectual argentino comprometido con la causa del socialismo en clave nacional y latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, condensa una serie de tensiones ligadas al modo como se articula el registro político en el discurso literario, acentuadas por sus vínculos con la “generación de Darío”, cuyo horizonte estético fungía como manifestación del proceso de autonomización del campo cultural argentino y latinoamericano (Ramos, 1989; Rama, 1985a, 1985b; Montaldo, 1994). Uno de los elementos característicos de dicho proceso es el intenso desarrollo del género “crónica” en la literatura latinoamericana de fines del siglo XIX y principios del XX (Rotker, 1992). Manuel Ugarte no es ajeno a esa tendencia y plasma en 1902 en un texto que publicará como *Crónicas del bulevar* [1902] (2010)<sup>16</sup> una serie de

crónicas que son frutos de su estadía en París, con alguna intermitencia, desde 1897. El prólogo de dicha obra es escrito por su amigo Rubén Darío.

La despreocupada incorrección política de Rubén Darío revela, con profunda perspicacia, las condiciones en las que se desarrollaba, en los primeros años del siglo XX, la búsqueda de un lugar de enunciación específico por el discurso literario ugartiano. Dicha búsqueda se comprende sobre el fondo de una tensión entre la viabilidad fundada en su pretendida autonomía del discurso estético y la necesidad de incorporación de un sesgo político programático de matriz socialista a la literatura. Afirmaba Darío en el prólogo:

Hemos asistido juntos a reuniones socialistas y anarquistas. Al salir, mis ensueños libertarios se han encontrado un tanto aminorados... No he podido resistir la irrupción de la grosería, de la testaruda estupidez, de la fealdad, en un recinto de ideas, de tentativas trascendentales [...] No, no he podido resistir... Y, sin embargo, Ugarte, convencido, apostólico, no ha dejado de excusarme esos excesos, y se ha puesto hasta de parte del populacho que no razona, y me ha hablado de próxima regeneración, de universal luz futura, de paz y trabajo para todos, de igualdad absoluta, de tantos sueños... Sueños (42).

Asombrosamente prístina, esta afirmación describe los extremos en los que se despliega la tensión entre la convicción libertaria ugartiana y los recursos discursivos ofrecidos por la “generación de Darío” para representar la coyuntura de inicios del siglo XX. La aspiración deconstructiva del discurso dariano se topa frente a los efectos sociales y políticos de la operación semiológica que propugna. En virtud de lo cual retrae su *locus* hacia una modalidad aristocrática de diferenciación. Ugarte, por el contrario, aun sin renunciar a una cierta asignación de especificidad política al discurso literario, despliega una mirada universalista de aquella coyuntura, en la que se impone el reconocimiento de las demandas de sujetos subalternos.

Como lo demuestra su reconstrucción posterior del itinerario ideológico de su obra, en la que la figura de Jean Jaurés adquiriría un lugar central, cuando Ugarte escribe la crónica titulada “El arte nuevo y el socialismo”<sup>17</sup> su posición había dejado de ser neutral. Aunque su registro evoca su condición de cronista de un hecho que parece suceder sin su concurso, la incorporación del socialismo funge como una aspiración

rigurosamente coherente con la dirección del curso histórico, que exhibe una demanda universal de fraternidad, oportunamente codificada por el discurso científico, factor de desarrollo de la buscada síntesis. Jaurés expresa la rehabilitación práctica de la autonomía del campo intelectual puesto que al tiempo que se revela como una modalidad específica de intuición y, con ello, de una vocación de liderazgo; se asegura su viabilidad política:

Jaurés posee el arte extraño de percibir las cosas que escapan a los demás. Ha adivinado la inquietud de los espíritus y la ha calmado, para apoderarse de ellos y encaminarlos hacia lo que él cree justo. De más está decir que la conferencia ha tenido un éxito enorme (112).

La postulación de una condición estructural a la relación entre aquella capacidad de representación de lo real, adicionada a su potencial orientación y las posibilidades objetivas del componente performativo desplegado, pone de manifiesto una concepción algo mecánica de la racionalidad histórica que, no obstante sus límites, permite configurar un espacio de fuga respecto de las impugnaciones estetizantes de Darío. En la misma crónica Ugarte termina afirmando:

Y a la salida, cuando se apagaron las luces, Jaurés se alejó, simplemente, a pie, entre un grupo de compañeros, mal abotonado en su abrigo de campesino, con su cara tosca, sus modales burdos, y en los ojos, sólo en los ojos, la denuncia de que era el primer orador de Francia (113).

Sólo en los ojos. Probablemente porque desde ellos se explica la función epistémica de la literatura que Ugarte desea delinear. Este atributo del discurso literario se muestra imprescindible en la superficie, al mismo tiempo fascinante y ominosa de la “confusión”, suscitada por la presencia, en la ciudad cosmopolita, de los múltiples rostros de la diferencia. En la crónica “La rue de París y los humoristas”, en la que Ugarte caracteriza la fuerza de la “distinción” que surge de las prescripciones socio-culturales de algún prestigioso cronista, a propósito de las preferencias por la rue de París en la Exposición Universal de 1900, la tarea se perfila entonces como un modo de inscripción de esta diversidad de fenómenos en el plano de la historia. La materia así historizable por la mirada del escritor es también diversa. Incluye las dimensiones geográfica, social, cultural, moral, política

y económica en la serie de pares dicotómicos: ciudad-campo, élites-muchedumbres, provinciano-cosmopolita, permitido-transgresión, conservador-progresista, ricos-pobres. La labor del cronista se asume como representación de la modernidad y sus correspondientes formas de proyección histórica. Para Ugarte, la incorporación en el plano del sistema de la eticidad moderna de las demandas materiales y simbólicas de los sectores subalternos es la forma racional de la coyuntura histórica, cuya dinámica se presenta todavía en términos de una transición. En el babélico escenario de la Exposición, la morfología de las diferencias -al interior de las cuales las formas de subjetividad subalternas aparecían como índices políticos- exigía una interpretación histórico-política, y generaba las condiciones para la configuración de un lugar de enunciación intelectual. Afirmaba el escritor:

En la muchedumbre confusa se funden todos los tipos. No faltan, naturalmente, los indispensables provincianos de caras rojas, que pasean su asombro bajo la mirada paternal de los agentes, luciendo trajes inenarrables y arbolando ideas del siglo pasado, para mayor gloria de Epinal y de Tarbes. Pero todo se ahoga en el *brou-ha-ha* de la Exposición y en el entrevero de la feria, aumentando la confusión y el vértigo de esa acumulación de sociedades y esa superposición de costumbres. La rue de París es el extracto y la síntesis de la gran ciudad cosmopolita. Sobre el desorden de tantas vidas que se codean y se estrujan, se adivina otro, más intenso y más tenebroso, en una Babel de ideas (108).

La profusión de imágenes destinadas a enfatizar la experiencia de la diferencia en conceptos como entrevero, confusión, vértigo, acumulación, superposición, extracto, síntesis, ciudad cosmopolita, desorden, codeo y estrujamiento, constituye, a nuestro juicio, la conformación de un objeto de discurso, cuya caracterización en la estrategia ugartiana consiste en ofrecer una codificación de lo diverso en el plano de las ideas, puesto que ellas remitirían directamente a un determinado estadio del curso histórico. La “Babel de ideas” es el plano donde se resuelve la multiplicidad, aunque manifiesta como formas de tipicidad, en un movimiento que da cuenta de la eficacia del discurso literario para representar la “muchedumbre”, primer momento -por su condición todavía amorfa- de la representación de las formas concretas de subalternidad. Para Ugarte, es preciso afirmar el atributo formal de su

discurso, en esta instancia -sólo en términos analíticos- aún ausente su carga política, de operar sobre la condición plural de la modernidad.

Asumidas las posibilidades estructurales de la enunciación literaria, el siguiente momento del programa de representación consiste en la determinación del vector político del curso histórico, en virtud del cual se comprende “[e]l soplido misterioso que empuja a los intelectuales hacia la democracia” (129). No extraña la recurrencia en sus crónicas de la caracterización de la figura del intelectual en función de las condiciones del campo cultural aseguradas por los modos de resolución del asunto Dreyfus. Es evidente, aunque dicha caracterización aparezca hipostasiada en términos de dos temperamentos asignados a los franceses –revisonistas y antirrevisonistas–, que la línea de intervención ugartiana apunta a una definición del intelectual progresista. Es interesante destacar una cierta tensión entre componentes positivistas, cuya presencia aún se hacía notar a comienzos del siglo XX en Argentina y que operaban en el discurso del escritor como un refuerzo del *locus* epistémico que reclamaba para la literatura; y componentes espiritualistas, ligados a la reacción contra la precipitada corriente de la “generación del 900”. Un pasaje de la crónica “La juventud francesa” da cuenta claramente de algunos de los tópicos característicos de la mirada ugartiana sobre su coyuntura presente y sobre la nueva cartografía del campo cultural.

La conformación cerebral, la educación, las lecturas y, sobre todo, el sistema nervioso, bastaron para delimitar los bandos, de manera que los polemistas de un partido y de otro trabajaron sobre multitudes ya regimentadas. En una palabra, el asunto Dreyfus dio lugar a esa clasificación definitiva de los espíritus, tan difícil de obtener en épocas normales. De un lado se agruparon los individualistas, los enamorados del principio autoritario, los habituados a obedecer o a mandar, los hombres de iglesia o de cuartel: el mundo viejo; del otro se reunieron los altruistas, los científicos, los habituados a razonar y a descubrir la vanidad de los dogmas: el mundo nuevo (80).

La rara síntesis entre el “sistema nervioso” y las “lecturas” constituye una expresión cabal de la búsqueda de un lugar de enunciación propio en un contexto al que Ugarte asigna la condición de definitivo, no sólo porque pone de manifiesto el carácter político de las producciones culturales, sino porque configura un espacio en el que la referencia

temporal resulta asimilada a una concepción de la historia que habilita la irrupción de un “mundo nuevo”. Sobre el fondo de este sesgo en la interpretación de la cultura el escritor construye una taxonomía bipolar de las influencias filosóficas que podría reducirse a la oposición entre las filosofías de Nietzsche y Marx. La identificación de toda forma de esteticismo con la influencia nietzscheana se explica por el desarrollo de una “contramoral cínica”, un modo de despolitización del registro ético de la producción literaria que desliza hacia el tópico caracterizado como “cultivo del yo” (82). Ugarte pretende reconocer en Wells y Kipling a los referentes de una narrativa despreocupada por la coyuntura presente. Por el contrario, el linaje que se inspira en Marx, Bakunine y Tolstoi reconoce a Zola, France y Mirbeau como sus novelistas. La reivindicación, por lo menos retórica, de la estética naturalista constituye un particular modo de intervención en el propio campo cultural desde un lugar que en términos explícitos intenta dotar a la literatura, además de una función epistémica de una condición política que asegure la viabilidad de la precedente asignación. Queda clara esta modalidad de intervención en la descripción que el escritor hace de las dos tendencias de la juventud francesa, pero que claramente operan como un recurso autorreferencial, acrecentando, además, el espesor de la ausencia de la referencia a los sujetos sociales cuyas demandas –en términos de su reconocimiento jurídico- fungen como criterio para determinar la legitimidad de la novedad histórica postulada:

Aquellos continúan buscando rimas raras, acumulando paradojas y quemando vidas artificiales; éstos persisten en empujar verdades, influir sobre los acontecimientos y luchar por el triunfo de la verdad (57).

En este orden de cosas Manuel Ugarte concibe a la literatura como una modalidad fundamental de promoción del progreso de los pueblos. La crónica es un documento privilegiado de la dirección racional de la historia porque ella promueve el reconocimiento creciente de demandas de sujetos sociales subalternos. En la crónica que titula “El drama revolucionario *La poigne*” el escritor argentino hace referencia al éxito de público obtenido por la obra de de Jean Julien como:

[u]na de esas obras de combate que, como la “*Clairière*” de Donnay y Descaves o como “*Les mauvais berges*” de Octave Mirbeau, tienen que luchar contra todas las preocupaciones y los prejuicios del público. Traen una moral plebeya, que está en

completa contradicción con las conclusiones de la clase dominante. Son revolucionarias. Son agitadoras de la famosa cuestión social. Y es casi lógico que el público enguantado que debe juzgarlas, se resista al aplauso y se niegue a confirmar la injusticia de sus propias prerrogativas. Por eso tiene el triunfo una trascendencia mayor (171-172).

El reconocimiento de una modalidad de antagonismo político entre una moral plebeya y las prescripciones provenientes de los sectores dominantes es un documento, entre otros, de la dotación, en el programa representacional de Ugarte, de una dimensión ideológica por la que resulta ahora posible dibujar un mapa de posibles articulaciones de intereses con ciertas formas del discurso estético en el plano del “progreso”:

El egoísmo de una minoría ha negado al pueblo durante largos siglos todos los goces intelectuales. Los menos tranquilizaban su conciencia fingiendo creer en la absurda inferioridad de los más. Poco a poco, el progreso ha ensanchado y vulgarizado, en cierta manera y a pesar de todos, los conocimientos adquiridos. Las bibliotecas no son ya monopolio de determinadas clases sociales, sino propiedad pública. Pero aunque el empuje que nos lleva insensiblemente a la igualdad ha suavizado muchas asperezas, gran número de satisfacciones del espíritu continúan siendo inaccesibles a las clases laboriosas (131).

Esta afirmación en una crónica titulada “Teatro cívico”, escrita a propósito del esfuerzo de intelectuales franceses por acercar sus obras al gran público, opera en el plano epistémico, en su alusión a la eficacia social de las restricciones cultistas de una “minoría”; en el político, en la señalada ampliación de la esfera pública; en el ideológico, en su denuncia del registro subalternizante de ciertas formas de creencia. Dichos planos, a su vez, son desplegados en el territorio de la historia, cuyas proyecciones los sectores dominantes se revelarían incapaces de revertir.

Sin embargo, Ugarte hace referencia a los sectores subalternos casi siempre de modo elusivo, excepto, tal vez, en el caso de dos tópicos desarrollados en “La crónica de un día”. En el primero la referencia es a una huelga de mineros de un pueblo llamado Carmaux. El conflicto ha sido suscitado por la negativa del dueño de la mina, el Marqués de Solanges, a reconocer la legitimidad de las demandas obreras. El escritor detalla las

demandas de aquellos sujetos de un modo cuidadosamente complaciente, aunque en una clave eminentemente descriptiva, que incluye una perspectiva en cierta medida pesimista acerca de su forma de resolución. El mesurado lamento por el paulatino vaciamiento de la radicalidad de las demandas adquiere una entonación interpretativa:

De manera que desde hace algunas semanas está de fiesta Carmaux; una fiesta sombría, en la que las canciones esconden lágrimas y el entusiasmo oculta la avidez de los estómagos. Los miserables recorren las calles, clamoreando estrofas y levantando banderas. Son tropeles confusos de mujeres, niños, ancianos y hombres que han desertado el agujero negro de la mina para salir al sol y reclamar lo más indispensable para seguir viviendo. No son exigentes. Pobres bestias de trabajo, no codician, en sus sueños de porvenir, ni la mesa llena de manjares, ni la carroza del marqués. Sólo piden un pan más grande (199).

La articulación del elemento lúdico sobre un fondo social sombrío con una materia que se afirma como pura potencia, de “tropeles”, de “bestias”, -aun cuando queda claro que la referencia ugartiana da cuenta de un modo de aparición resultado de la explotación- constituye, como señaláramos antes, un eje característico de los intelectuales de izquierda del período, quienes perciben en las demandas concretas de los sectores subalternos la existencia de una pulsión capaz de estatuir una dinámica que habrá de convertirse en objeto de conducción.

Esa potencia parece diluirse en el caso de la mujer joven explotada en la industria textil parisina, la “petite ouvrière”. En este caso la entonación cede parte de su tracción retórica en beneficio de la denuncia de la estetización del hecho en manos de algunos cronistas, aparentemente fascinados por el elemento “pintoresco” del mismo. Ugarte reclama la necesidad de desplazamiento del eje para una caracterización de las jóvenes obreras hacia el andarivel del análisis de sus “medios de vida”. El resultado de este movimiento es, sin embargo, poco alentador. “Todo el amable panorama desaparece, para dar lugar a una tristeza infinita ante el porvenir fatal que las aguarda” (201). La imposibilidad económica de sus familias las obliga a independizarse a una muy corta edad. El mercado del trabajo las explota y se convierten en objeto de dominación no sólo para sus empleadores, sino también para sus

eventuales “amantes”, un territorio fértil, según el escritor, para las múltiples formas que adquiere la “venalidad”.

Los escaparates las acechan con la tentación de sus joyas y sus vestidos, los tentadores las persiguen con sus palabras y sus promesas; y la buhardilla en que duermen es tan fría, la comida que las espera es tan escasa, el trabajo en que agonizan es tan duro, que difícilmente resisten a la tentación de trocar una docena de besos por un billete azul. Otras contraen deudas durante una enfermedad y se ven obligadas a quemarlo todo para salir del apuro. Otras, las menos, sucumben al amor, son engañadas y siguen rodando. Pero todas son encantadoras, en su felicidad o en su desgracia, porque simbolizan el espíritu parisiense, despreocupado, abierto y resignado a la vida. ¡Pobres almas de veinte años, abandonadas en medio de una ciudad enorme que las acecha para devorarlas! Es tanta la desproporción entre la resistencia que pueden oponer y el ataque universal de que son objeto, que aun cuando caen y se deshojan, parecen resplandecer con una aureola de martirio (202).

Si los huelguistas de Carmaux se afirmaban como pura potencia en un movimiento que desde el punto de vista literario se puede leer como una forma de exceso retórico y, por lo mismo, político; las jóvenes obreras se encuentran destinadas a constituir un documento de la fatal distancia entre las condiciones objetivas del avance de la modernidad y ciertas expresiones de subalternidad atravesadas por cierto déficit de virtualidad política. A nivel del objeto es significativa la rápida renuncia del cronista a reconocer las posibilidades de articulación directa de las demandas de las mujeres obreras y a nivel del discurso la inscripción del fenómeno en la cifra estética denunciada por Ugarte produce el mismo resultado que su clasificación histórica, es decir, una cierta obturación de la demanda en su reenvío a un código pretendidamente universalizable.

Otra escena en la que se despliega la representación ugartiana de las diversas formas de subalternidad es la geopolítica y su correlato: el imperialismo cultural. En esta línea destaca la particular inflexión que realiza de una de las dimensiones más razonablemente impugnadas del discurso novecentista como es cierto registro raciológico en la caracterización de la dinámica social (Franco, 1971). La función semántica de la noción de “raza” en la obra de Ugarte expresa, paradójicamente, una

vocación deconstructiva del discurso civilizatorio. Si la dominación colonial es un dato geopolítico, la cohesión racial es un instrumento de resistencia de los pueblos colonizados. “La raza es la única valla que pueden oponer los débiles a la ambición de los fuertes, porque es indivisible e imborrable, y resurge a pesar de todo” (163-164). Este reconocimiento de la dimensión étnica en la dinámica geopolítica todavía imbuido de un componente biologista, es, no obstante, funcional a una estrategia de autorización literaria como es el recurso a categorías científicas (Merbilhaá, 2011; Olalla, 2007).

Como parte de esta tematización de la cuestión colonial Ugarte pretende desactivar el elemento etnocéntrico en las representaciones de las producciones culturales de América Latina presentes en el campo intelectual europeo. Estas últimas revelan un cierto sustrato político, todavía de rasgos imprecisos –en los que ahondará su obra futura–, y ponen de manifiesto la necesidad de evaluación crítica de los materiales con los que han de configurarse las literaturas nacionales de Nuestra América. Dichas literaturas deben dar cuenta del sentido universalista de la historia. Su percepción de una vacancia en este campo no es óbice para señalar que el mismo dispositivo que explica el carácter secundario de la dimensión racional de la historia en el teatro argentino como escenificación del instinto, opera en su extremo opuesto, la representación colonial, como una barrera frente al despliegue universalista de la historia y, por lo mismo, de la racionalidad<sup>18</sup>.

En una de las crónicas más sugestivas titulada “Tres hombres”, referida a las figuras del político francés René Waldeck-Rousseau, del presidente del Transvaal, el líder bóer Paul Krüger y del líder de la resistencia filipina al dominio colonial español y luego estadounidense, Emilio Aguinaldo, Ugarte compara la valoración francesa de dos escenarios de disputa colonial en la imagen de sus líderes: el afrikáner, celebrado y el filipino, recién consumada su derrota, totalmente ignorado. El sentimiento antibritánico de los franceses es la causa de la señalada sobrevaloración de un régimen que jamás abandonó su impronta segregacionista. Mientras tanto la resistencia filipina al dominio colonial, cuya demanda expresa el sentido libertario y universal del curso histórico es objeto de la más radical ignorancia. Sin embargo:

Nadie puede impedir el triunfo del bien; sólo es posible aplazarlo.  
Los invasores de hoy lograrán dominar el archipiélago al abrigo de sus cañones, pero no conseguirán impedir que un violento deseo

de independencia siga fermentando en las almas. Y cuando se produzca un nuevo estallido, y las ciudades se subleven, los campesinos salgan de sus chozas, la esperanza reviva, el grito cunda y los campos se incendien otra vez, sobre la confusión y el clamoreo de los que quieren ser libres, flotará el recuerdo de Aguinaldo como una bandera (189).

La forma histórica de la demanda de sectores subalternos, en este caso en términos de la cuestión nacional, se expresa como deseo, como la emergencia de una dinámica que dichos sectores son incapaces todavía de intuir.

### **Consideración final**

El contrapunto entre dos visiones contemporáneas de autores latinoamericanos modernistas que tienen por objeto a Europa a finales del siglo XIX y principios del XX pone de manifiesto la dificultad del orden de la escritura para representar sujetos subalternos y sus prácticas. En un caso porque el resultado de la aproximación hacia el objeto provoca su inscripción en una dimensión arquetípica sólo decodificable por un tipo de saber poético. En el otro porque en la búsqueda de precisar la función orientadora de la literatura en la promoción del curso progresista de la historia el subalterno se encuentra virtualmente subsumido –si no ausente– en un espacio que termina por configurar un particular estado de la cuestión en una determinada disputa ideológica.

### Referencias bibliográficas

- Acereda, Alberto (2009) "Silencios críticos en torno al compromiso ideológico y sociopolítico de Rubén Darío", en *Cuadernos del CILHA*, vol. 10, N° 11.
- Achugar, Hugo (1998) "Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento", en Castro Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coord.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México, University of San Francisco-Porrúa.
- Beverley, John (1996) "¿Posliteratura? Sujeto subalterno e impasse de las humanidades", en González Stephan, Beatriz (ed), *Cultura y Tercer Mundo*, T. I, *Cambios en el saber académico*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Beverley, John (2010) "Subalternidad/Modernidad/Multiculturalismo (con una nota adicional sobre el proyecto de la "marea rosada" latinoamericana)", en *IC-Revista Científica de Información y Comunicación*, N°7.
- Bueno, Raúl (2010) *Promesa y descontento de la modernidad*, Lima, Universidad Ricardo Palma.
- Castro Gómez, Santiago (1996) *Crítica de la razón latinoamericana*, Barcelona, Puvill.
- Castro Gómez, Santiago (1998) "Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón", en Castro Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina....*
- Castro Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coords.) (1998). *Teorías sin disciplina...*
- Cornejo Polar, Antonio (1978) "El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 4, N° 7-8.
- Cornejo Polar, Antonio (1980) *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista*, Lima, Lasontai.
- Cornejo Polar, Antonio (2011) [1994]. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima-Berkeley, CELACP-Latinoamericana.
- D'Allemand, Patricia (1999) "La crítica latinoamericana y sus metáforas: Algunas anotaciones", en *THESAURUS*, Tomo LIV, N° 3.
- Darío, Rubén (s/f) [1901] *España contemporánea*, Obras Completas, Vol. X, Madrid, Biblioteca Rubén Darío.
- Devés Valdez, Eduardo (2002) "Estudios culturales y pensamiento latinoamericano", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 627, Madrid.
- Franco, Jean (1971) *La cultura moderna en América Latina*, México, Joaquín Mortiz.
- García Bedoya, Carlos (1998) "Transculturación, heterogeneidad, hibridez: algunas reflexiones", en Escajadillo, Tomás (ed.) *Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar*, Lima, Amaru.
- Gasquet, Axel (2007) *Los escritores argentinos de París*, Santa Fe, UNL.
- Kokotovic, Misha (2006) *La modernidad andina en la narrativa peruana: conflicto social y transculturación*, Berkeley-Lima, CELACP-Latinoamericana.

- Larsen, Neil (1990) *Modernism and Hegemony. Critique of Aesthetic Agencies*, Minneapolis, University of Minnesota.
- Lienhard, Martín (1992) *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina*, Hanover, Ediciones del Norte.
- Lienhard, Martín (1996) "De mestizajes, heterogeneidades, hibridismos y otras quimeras", en Mazotti, José Antonio y Juan Zeballos Aguilar (coords.) *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*, Ann Arbor, Asociación Internacional de Peruanistas.
- Losada, Alejandro (1983) *La literatura en la sociedad de América Latina. Perú y el Río de La Plata*, Frankfurt, Vervuert.
- Losada, Alejandro (1984) *Literatura y sociedad en América Latina: II. Modelos teóricos*, Aarhus, Universidad de Aarhus.
- Ludmer, Josefina (2000) *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Perfil Libros.
- Merbilhaá, Margarita (2009) *Trayectoria intelectual y literaria de Manuel Ugarte (1895-1924)*. [en línea]. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.462.pdf>
- Merbilhaá, Margarita (2011) "Claves racialistas y reformistas en la invención de un nacionalismo continental. *El porvenir de la América latina* (1911), de Manuel Ugarte", en *Anuario de Estudios Americanos*, N° 68.
- Minguzzi, Armando (2007) "La literatura anarquista de Alberto Ghirardo: de la libertad, de la razón y del instinto", en *Políticas de la Memoria*, N° 6/7, Buenos Aires, Cedinci.
- Montaldo, Graciela (1994) *La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y modernismo*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Moraña, Mabel (1998) "El boom del subalterno", en Castro Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coord.) *Teorías sin disciplina...*
- Moreiras, Alberto (1998) "Fragmentos globales: latinoamericanismo de segundo orden", en Castro Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coord.), *Teorías sin disciplina...*
- Moreiras, Alberto (2000) "Hegemonía y subalternidad", en Moraña, Mabel (ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio/Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
- No, Song I (2008) *Cien años de contrahegemonía. Transculturación y heterogeneidad*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Olalla, Marcos (2007) "El intelectualismo en la caracterización sociológica de Manuel Ugarte sobre América Latina", en *Araucaria*, N° 17.
- Ortiz, Fernando (2002) [1940] *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Madrid, Cátedra.

**MODELOS DE REPRESENTACIÓN DE LOS ACTORES SUBALTERNOS EN LAS CRÓNICAS DEL VIAJE A EUROPA DE PRINCIPIOS DE SIGLO XX: RUBÉN DARÍO Y MANUEL UGARTE**

- Palermo, Zulma (2006) "Discursos heterogéneos, ¿más allá de la polifonía?", en *Acta Poética*, 27 (1).
- Rama, Ángel (1982) *Transculturación narrativa en América Latina*, México D.F., Siglo XXI.
- Rama, Ángel (1983) *Literatura y clase social*, México, Folios.
- Rama, Ángel (1985a) *La ciudad letrada*, New Hampshire, Ediciones del Norte.
- Rama, Ángel (1985b) *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Alfadil.
- Rama, Ángel (1995) "La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)", en Rama, Ángel, *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, selección y prólogos de Saul Sosnowski y Tomás Eloy Martínez.
- Ramos, Julio (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rivas Bravo, Noel (2006) "Breve recorrido por las ediciones darianas", en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, N° 35.
- Rodríguez, Ileana (2009) "Subalternismo", en Szurmuk, Mónica y Robert Mckee Irwin, *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, México D. F., Siglo XXI.
- Rotker, Susana (1992) *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Letra Buena.
- Rovira, José Carlos (2009) "La lección de Darío en la España de 1905: lo clásico como otro origen de la modernidad", en *Cuadernos del CILHA*, vol. 10, N° 11.
- Said, Edward (2004) *Orientalismo*, Barcelona, Mondadori.
- Santamaría Laorden, Natalia (2011) "Modernismo y regeneracionismo como discursos permeables: Darío, Rodó y Unamuno", en *Decimonónica*, Vol. 8, N° 1.
- Schmidt, Friedhelm (1996) "¿Literaturas heterogéneas o literatura de la transculturación?", en Mazotti, José Antonio y Juan Zeballos Aguilar (coords.), *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*, Ann Arbor, Asociación Internacional de Peruanistas.
- Schmigalle, Günther (2003) "Más apreciaciones sobre la imagen de España en Rubén Darío", en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, N° 32.
- Sobrevilla, David (2001) "Transculturación y heterogeneidad: Avatares de dos categorías literarias en América Latina", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXVII, N° 54, Lima-Hanover.
- Terán, Oscar (2000) "El pensamiento finisecular (1880-1916)", en Lobato, Mirta, *Nueva historia argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Trigo, Abril (1997) "De la transculturación (a/en) lo transnacional", en Moraña, Mabel (ed.), Ángel Rama y los estudios latinoamericanos, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Ugarte, Manuel (2010) [1902] *Crónicas del bulevar*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.
- Viñas, David (1996) *Literatura argentina y realidad política. De Lugones a Walsh*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Viñas, David (1998) *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires,

MARCOS OLALLA

Sudamericana.

Zanetti, Susana (2004) "Itinerario de las crónicas de Darío en *La Nación*", en Zanetti, Susana (dir.), *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires 1892-1916*, Buenos Aires, Eudeba.

## MODELOS DE REPRESENTACIÓN DE LOS ACTORES SUBALTERNOS EN LAS CRÓNICAS DEL VIAJE A EUROPA DE PRINCIPIOS DE SIGLO XX: RUBÉN DARÍO Y MANUEL UGARTE

### Notas

---

<sup>1</sup> Esta tonalidad sería desarrollada por Rama en una obra posterior ya clásica titulada *La ciudad letrada* (1985a).

<sup>2</sup> Este sesgo de *Transculturación narrativa en América Latina* promovió su cuestionamiento por parte de algunos críticos en términos de una cierta deriva “populista” y “estetizante” (Cfr. Larsen, 1990).

<sup>3</sup> Distintos autores han realizado un balance crítico en torno al uso y la relación entre ellas de las categorías de transculturación y heterogeneidad (García Bedoya, 1998; Lienhard, 1996; Schmidt, 1996).

<sup>4</sup> E. Devés Valdez ofrece un análisis de los aportes de los estudios culturales al pensamiento latinoamericano que, aunque despliega razonablemente un registro crítico, comprende el predominio conceptual de aquellos estudios entre los años 1990 y 2000 en términos del valor político que adquiere la tematización de los procesos de identificación, en un momento de plena hegemonía del discurso neoliberal. Sin despojarse de su habitual tono provocativo el filósofo chileno describe esta impronta de los estudios culturales latinoamericanos como “neorielismo” o, como expresión de su preocupación por la cultura del oprimido, “arielismo calibánico” (2002, 16).

<sup>5</sup> El trabajo de intelectuales sudasiáticos dirigidos por el historiador Ranajit Guha movilizó la creación de un grupo de intelectuales de origen latinoamericano destinado a reelaborar los supuestos epistemológicos de su práctica científica comprendida también como práctica política. Para ello ver su *Manifiesto inaugural* (en Castro Gómez y Mendieta, 1998, 85-100).

<sup>6</sup> Consideramos sintomática de la necesidad de convergencia de estos dos registros -el subalternista propiamente dicho y el diglósico-polifónico-heterogéneo aplicado al corpus letrado en el que la representación es percibida en función de las contradicciones entre su “enunciado” y su “lugar de enunciación”- la caracterización de la tensión entre la dimensión contehegemónica y la condición de negatividad radical expresada en el concepto de subalternidad, asumida por la categoría de “doble articulación” utilizada por Alberto Moreiras. “La noción de doble articulación del pensamiento aparece apropiada a una resolución aporética entre las demandas negativas del trabajo subalternista y las necesidades políticas de la acción hegemónica (esto es, de la acción efectuada dentro del círculo y en el horizonte de la articulación hegemónica” (Moreiras, 2000, 140). Resulta más explícito aún el aporte de John Beverley acerca de las proyecciones de esta orientación crítica en el marco de la actual coyuntura latinoamericana en un artículo en el que se pregunta acerca de la posibilidad “de traducir las luchas concretas por la “identidad” de grupos subalternos y el principio del multiculturalismo en una articulación hegemónica “nacional-popular”, como ha sido el caso en algunos de los gobiernos de la llamada “marea rosada” latinoamericana (2010, 21).

<sup>7</sup> La referencia a esta edición en lo que sigue se consigna con el número de página. Este texto constituye el volumen X de las Obras Completas de Rubén Darío editada por la Biblioteca Rubén Darío Sánchez en Madrid entre los años 1923 y 1929. No se consigna la fecha de la edición del vol. X de esta colección (Cfr. Rivas Bravo, 2006).

<sup>8</sup> “Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo...” (32)

<sup>9</sup> El uso del concepto de raza por parte de intelectuales ligados al modernismo en los que opera una reconocida matriz “espiritualista” (Cfr. Terán, 2000) revela no tanto la búsqueda de

un índice biológico de análisis social, sino un modo de homologación de la autoridad científica al territorio del discurso literario, en el que dicha categoría mienta tanto un *ethos* como una caracterología física en aquellos casos en los que los escritores asumen funciones presuntamente etnográficas (Cfr Franco, 1971, 51ss.).

<sup>10</sup> En referencia al toreo señala Darío: “[p]uesto que las muchedumbres tienen que divertirse, que manifestar sus alegrías, serían más de mi agrado pueblos congregados en sus días de fiesta, en un doble y noble placer mental y físico, escuchando, a la griega, una declamación, bajo el palio del cielo, desde las gradas de un teatro al aire libre; o la procesión de gentes, hombres y mujeres y niños que fuesen, en armoniosa libertad, a cantar canciones a las montañas o a las orillas del mar. Pero puesto que no hay eso, y nuestras costumbres tienden cada día a alejarse de la eterna poesía de las cosas y de las almas, que haya siquiera toros, que haya siquiera esas plazas enormes como los circos antiguos y llenas de mujeres hermosas, de chispas, de reflejos, de voces, de gestos” (132-133). Si a nivel del enunciado se señala el carácter estructural de la dimensión lúdico-ritual de los pueblos, a nivel de la enunciación es interesante notar el deslizamiento operado en su imagen de lo popular que va desde allí a cristalizar en la noción de “muchedumbre”. Dicha trayectoria, no obstante, es legitimada en virtud de su potencial estético en la celebración, aunque por defecto, de las “mujeres hermosas”, las “chispas”, los “reflejos”, las “voces”, los “gestos”.

<sup>11</sup> Es fructífero el intento de mostrar las claves del pensamiento político dariano de Alberto Acereda (2009) a propósito de una corriente de la crítica que habría enfatizado el elemento despolitizador de la obra del nicaragüense. Las reservas frente a este tipo de lecturas fueron desplegadas a su tiempo por estudiosos de la cultura latinoamericana. En esta línea destaca la certera crítica de A. Rama a la interpretación del cubano Juan Marinello de la obra de Darío (Rama, 1983). La impronta liberal conservadora de la obra del nicaragüense resulta evidente en su documentada reconstrucción aún cuando también pueden percibirse ciertos deslizamientos del crítico entre el nivel de la caracterización de la trama semántica del discurso, de su estructura categorial, y una modalidad excesivamente prospectivista de interpretación que promueve una identificación de los referentes de aquella trama con un universo discursivo más cercano al discurso del crítico que del propio autor. Un ejemplo claro de sobreinterpretación tiene por objeto el prólogo de Darío al libro *Crónicas del bulevar* de Manuel Ugarte (1902) en el que Darío luce asombrado de la disposición ugartiana a excusar al “populacho” por sus “groserías”, su “estupidez” y su “fealdad”. Acereda se comprende a sí mismo cuando afirma “Darío está apuntando así a toda la demagogia utópica ligada a un falso socialismo que él no puede compartir y que tilda como simples aspiraciones inútiles frente a su preferencia personal por el individuo como generador de la verdadera libertad” (2009, 158). Pues no es el caso. Cuando Darío se refiere al populacho, se trata de los sectores populares y sus prácticas, *feas, estúpidas y groseras*. El desprecio del populacho está allí, en el discurso dariano, probablemente porque es un tópico característico del pensamiento liberal conservador y no, en este gesto flagrantemente auto-exculpatorio del crítico de asimilar el clásico dispositivo modernista de distanciamiento del escritor respecto del amenazador acrecentamiento de la esfera pública a una políticamente más prolija impugnación de la “demagogia”.

<sup>12</sup> La crónica “La joven aristocracia” (312-322).

<sup>13</sup> Es revelador en esta línea el artículo de Alberto Minguzzi (2007) a propósito de la obra del escritor anarquista argentino Alberto Ghirardo.

## MODELOS DE REPRESENTACIÓN DE LOS ACTORES SUBALTERNOS EN LAS CRÓNICAS DEL VIAJE A EUROPA DE PRINCIPIOS DE SIGLO XX: RUBÉN DARÍO Y MANUEL UGARTE

---

<sup>14</sup> En referencia al papel de los estudiantes en el carnaval relataba Darío: “Las dulzainas las trajeron los estudiantes valencianos que han venido a la corte, con naranjas y claveles, con muchachas hermosísimas, a cantar y a bailar y a pedir para un sanatorio que pronto ha de llenarse de repatriados. Ha sido esa estudiantina una nota vibradora y sana, por más que puedan visarla los cronistas a ultranza, en el cuadro de la fiesta general. Aún queda en esta en esta juventud escolar un resto de las clásicas costumbres de sus semejantes medievales, un rayo de la alegría que sorbían con el vino los estudiantes de antaño, un buen ánimo goliardo, la frescura de una juventud que no empaña el aliento de las grandes capitales modernas” (75-76).

<sup>15</sup> Para una clarificación de la imagen dinámica de la modernidad dariana a propósito de *Cantos de vida y esperanza* y del modo como opera la referencia a la cultura clásica (Cfr. Rovira 2009).

<sup>16</sup> A continuación citamos con el número de página la referencia a esta edición.

<sup>17</sup> Es muy esclarecedor el análisis de Margarita Merbilháá acerca de esta crónica, mostrando el carácter paralelo del texto de la conferencia de Jaurés, objeto de la crónica, y su reseña por parte de Ugarte (Merbilháá 2009, 39 ss.)

<sup>18</sup> “Nuestro teatro criollo no es más que una rebelión de instintos. Nada detiene a los héroes en su arremetida. Sólo les guía una vaga moral y una defectuosa idea de la justicia, formadas con retazos de la poesía de Lamartine y sermones de cura de campaña. El choque de esa filosofía infantil con la de gentes que están empapadas en Schopenhauer y en Goethe, no puede dejar de provocar descontentos. Poco importa que Juan Moreira crea obrar con arreglo a la justicia; para el público ilustrado, sólo es un simpático capitán de bandidos” (Ugarte, 210).